

Domíngo de la Trinidad

Otro sermón sobre la Santa Trinidad

1. Porque esta fiesta requiere que se instruya, se recuerde y se fortalezca a la gente en la fe en el artículo de la Santa Trinidad, queremos decir algo de él otra vez. Si la gente no se instruye y se funda correctamente en este artículo, no se puede tratar pura y productivamente los otros artículos. Las otras fiestas en el año encierran a nuestro Señor Dios en sus obras y los milagros que ha hecho. Por ejemplo, en la Navidad celebramos que Dios se hizo hombre; en la Pascua, que resucitó de la muerte; en Pentecostés, cómo dio al Espíritu Santo y estableció la iglesia cristiana, etc. Todas las otras fiestas predicán cómo nuestro Señor Dios se vistió de cierta obra. Sin embargo, esta fiesta nos presenta quién es en sí, parte de cualquier vestidura u obras, solo en su esencia divina. Aquí tenemos que subir muy por encima de toda razón, dejar atrás todas las criaturas, y solo escuchar lo que Dios dice de sí mismo y su esencia interna; de otro modo no lo aprenderemos.

2. Aquí la locura de Dios y la astucia del mundo se confrontan. Cuando el mundo escucha que Dios dice de sí mismo que es un Dios y sin embargo tres personas distintas, lo considera una predicación muy ofensiva y necia, y todos los que siguen la razón y escuchan esto consideran a la gente que cree y enseña esto como verdaderos bobos. Por tanto, este artículo se ha atacado constantemente desde el tiempo de los apóstoles y los padres hasta la actualidad, como testifican las historias y especialmente el Evangelio de San Juan. Para afirmar este artículo tuvo que escribir contra el hereje Cerinto, que comenzó ya durante la vida de los apóstoles y quería probar de Moisés que solo hay un Dios. Por tanto, nuestro Señor Jesús no podía ser verdadero Dios, puesto que Dios y hombre no concuerdan.

3. ¡Pero sonrójate, desvergonzada razón! ¿Cómo podemos nosotros, gente pobre, miserable, que no sabemos cómo suceden nuestro propio hablar, reír o dormir, que diariamente perseguimos y estamos conscientes de obras naturales, llegar a un punto en que queremos, sin embargo, hablar de cómo es Dios en su divina esencia sin la palabra de Dios, solo de nuestra propia cabeza? ¿No es ceguera sobre toda ceguera que alguien que no puede explicar la menor obra que ve en su cuerpo todos los días todavía presume saber lo que está fuera de y por encima de toda razón, algo de que solo Dios puede hablar, y se atreve a exclamar descaradamente: “Cristo no es Dios”?

4. Por supuesto, si fuera válido en tales asuntos inventar cosas, ciertamente haría la prueba. Sin embargo, aunque alguien haya pensado largo e intensamente de ello, cuando se compara con la Escritura no pasará la prueba. Por tanto, tenemos que hablar o hasta balbucear de tales cosas como la Sagrada Escritura nos cuenta, a saber, que Jesucristo es verdadero Dios, que el Espíritu Santo es verdadero Dios, y sin embargo no hay tres dioses o tres naturalezas divinas, como en otras partes puede haber tres hermanos, tres ángeles, tres soles o tres ventanas. Así no son divididas sino son una esencia divina. Aunque la esencia no se puede dividir, sin embargo hay tres personas distintas.

San Pablo dice de Cristo: “Él... es ... la imagen misma de su sustancia” (Hebreos 1:3), etc. Asimismo: “Cristo es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación” (Colosenses 1:15). Debemos dejar estas palabras tales como rezan, a saber, que pone bajo Cristo todas las criaturas, ángeles, gente y todo lo que existe. Cuando esto sucede, solo debe estar Dios allí. Aparte de las criaturas, no hay nada sino Dios mismo. Así es la misma cosa cuando se dice: “Cristo es el primogénito de toda creación”, y cuando alguien sencillamente dice: “Cristo es el verdadero Dios eterno”.

5. Para que fuera suficientemente seguro, agrega: “Cristo es la imagen del Dios invisible” (Colosenses 1:15). Si es la imagen de Dios, luego debe ser una persona distinta de aquel cuya imagen él es, y sin embargo en una esencia divina con el Padre, de modo que él y el Padre no son una, sino dos personas. De otro modo no sería llamado la imagen de la divina esencia, si no fuera igualmente Dios, porque ninguna criatura puede ser una semejanza de la divina esencia si no tiene esta en sí mismo. Tampoco podría llamarse la imagen de Dios si no hubiera personas distintas, una de quien procede la imagen, y una que es la imagen. Eso es, como decimos más claramente de acuerdo con la Escritura, una persona es la del Padre, que engendró en la eternidad, y otra es la del Hijo que nació en la eternidad, y sin embargo ambos son igualmente eternos, poderosos, sabios y justos.

6. Por tanto, aunque los judíos y los turcos se burlan de nosotros, como si pudiéramos a tres hermanos en el cielo, no importa. Yo también podría ser hábil en eso si burlar o sutilizar fuera de algún valor aquí. Pero nos hieren y nos mienten en la cara, porque no lo hacemos tres hombres o tres ángeles, sino una esencia divina y la más unida unidad, en comparación con todo lo que hay aquí abajo. Cuerpo y alma no son unidos como Dios es uno. Decimos además que la Sagrada Escritura nos enseña que, en esta única esencia divina, Dios Padre en la eternidad antes de todas las criaturas, antes que el mundo fuera creado y, como Pablo acostumbra a decir, “antes de la fundación del mundo” (Efesios 1:4), engendró un Hijo que es igual a él mismo y en toda forma es Dios como él es Dios. De otro modo Pablo no podría decir que él es la imagen del Dios invisible. Esto nos lleva a la conclusión de que hay una distinción entre el Padre y el Hijo y que sin embargo hay un Dios. No podemos ir más lejos que eso, a menos que quisiéramos hablar contra San Pablo y hacernos judíos y turcos.

7. Así San Pablo una vez más dice acerca de Cristo, aunque en otras palabras: “Ni tentemos al Señor, como también algunos de ellos lo tentaron, y perecieron por las serpientes” (1 Corintios 10:9). Ve cómo San Pablo y Moisés tan deleitosamente se besan y contestan uno al otro en forma tan amistosa. Moisés dice: Estas personas “me han tentado ya diez veces y no han oído mi voz” (Números 14:22), y en aquel lugar (Núm 14:20) hay la palabra “Señor”, que hemos imprimido en todas partes en la Biblia en mayúsculas, porque es el nombre que se debía y se daba solo al único eterno y verdadero Dios. Las otras palabras que se usan de Dios en otras partes a veces también se usan de seres humanos, pero esta palabra “Señor” se dice solo de Dios.

Moisés tiene: “El Señor Adonai” (el Dios verdadero) dijo: Esta gente “**Me** han tentado ya diez veces”. Ahora San Pablo viene y nos dice quién fue ese Dios cuando dice: “Tentaron a Cristo”. Encuentra cualquier escapatoria que quieras aquí, pero Pablo dice que fue Cristo, y Moisés dice que fue el único eterno verdadero Dios, e inclusive, en ese tiempo Cristo aún no había nacido. De hecho, ni David ni María habían nacido todavía, y sin embargo sencillamente dice: “Pusieron a prueba a Cristo; no lo pongamos de prueba también”.

8. Por eso seguramente sigue que Cristo es el hombre de quien Moisés escribe que es Dios. Así los dos confiesan la misma cosa, Moisés mucho antes y San Pablo, con una boca, pero con diferentes nombres: que Cristo tiene que ser el Hijo de Dios, nacido en la eternidad del Padre, en la misma esencia divina y sin embargo distintos. Llama esto lo que quieras; nosotros llamaremos esto una persona, aunque no es suficiente, pero balbuceamos (así como también balbuceamos con la palabra *Dreifaltigkeit*). ¿Pero qué podemos hacer? No podemos hacer nada mejor. Así el Padre no es el Hijo, y sin embargo el Hijo nació del Padre en la eternidad, y el Espíritu Santo procede de Dios Padre y Dios Hijo, y así hay tres personas y sin embargo solo un Dios. Lo que Moisés dice acerca de Dios, San Pablo también dice acerca de Cristo.

9. San Pablo habló de la misma manera cuando en Mileto bendijo a los pastores que había convocado y les amonestó en cuanto a su oficio, diciendo: “Por tanto, mirad por vosotros y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos para apacentar la iglesia del Señor, la cual él (Dios) ganó por su propia sangre”, etc. (Hechos 20:28). Esto ciertamente también es un texto claro, del cual sigue sin dudas que nuestro Señor Cristo, que obtuvo la iglesia por medio de su sangre, es el Dios a quien la iglesia pertenece. Claramente dice que fue Dios que ganó la iglesia por su sangre y que a él le pertenece la iglesia.

Ahora, porque las personas son distintas, como hemos escuchado, y sin embargo dice aquí que Dios mismo obtuvo la iglesia por medio de su sangre, es definitivo que el Dios que tiene su propia sangre que derramó por su iglesia, es decir, Cristo, nuestro Salvador, es verdadero Dios, nacido de Dios Padre en la eternidad, y luego también se hizo hombre y nació de la virgen María en el tiempo.

10. Si esta sangre (es decir, la sangre física, tangible, roja derramada de un hombre natural) realmente se debe llamar la sangre de Dios, entonces este hombre debe ser el verdadero Dios, una persona eterna, todopoderosa de la única esencia divina, acerca de quien podemos decir con verdad: “Esta sangre, que fluyó del costado del Cristo crucificado y fue derramada en la tierra, no es solo la sangre de un hombre ordinario, sino la sangre de Dios mismo”. San Pablo no dice esto sin pensar, sino hace esta amonestación en el asunto supremo con gran seriedad para recordarnos todos del alto oficio de gobernar la iglesia y alimentarla con la palabra de Dios. No debemos hacer un chiste de ello, sino saber que para él es algo precioso y grande, tan precioso a él como la sangre de su querido Hijo, que todas criaturas no pueden pagar. Si no somos diligentes

ni fieles, entonces pecamos y nos hacemos culpables de la sangre de Dios, de modo que tiene que haber sido derramada en vano por las almas a las cuales debemos vigilar.

11. Hay muchos más pasajes similares, especialmente en el Evangelio de Juan, que no podemos pasar por alto. Más bien, debemos decir que Dios Padre, Dios Hijo y Dios el Espíritu Santo son tres personas distintas, sin embargo, en una esencia divina. De ninguna manera adoramos a tres dioses, como los judíos y los turcos dicen burlándose de nosotros, sino solo un Dios, a quien la Escritura nos describe como tres personas y sin embargo solo un Dios.

Por ejemplo, Cristo dice a Felipe: “El que me ha visto a mí ha visto al Padre” (Juan 14:9). Pone a sí mismo con el Padre en una esencia divina igual (así como San Pablo lo hace cuando lo llama “la imagen del Dios invisible”, y sin embargo muestra que hay dos personas distintas: el Padre no es el Hijo, y el Hijo no es el Padre, y sin embargo, son un Dios. Hay muchos más pasajes así, digo, en varios lugares por medio de los cuales los santos padres valientemente sostuvieron este artículo contra el diablo y el mundo, hasta que finalmente ha sido entregado a nosotros como heredad.

12. Si la razón considera eso necesidad, ¿qué nos importa? No hay ninguna destreza en discutir sobre estos asuntos; yo podría hacerlo tan bien como otros. Sin embargo, Dios sea alabado, tengo la gracia de no disputar mucho aquí. Más bien, cuando sé que es la palabra de Dios y que él lo ha dicho, entonces no pregunto más cómo puede ser verdad; me basta solo la palabra de Dios, sin importar si está de acuerdo con la razón. Cada cristiano debe hacer esto en cada artículo de nuestra santa fe, de modo que no haya muchas peleas y disputas acerca de si es posible, sino solo mirando y preguntado si es la palabra de Dios. Si es su palabra que él ha hablado, entonces depende de ella con seguridad. No te mentirá ni te engañará, aunque no entiendas el cómo o el cuándo.

Por tanto, porque seguramente tenemos la palabra de Dios acerca de este artículo de la Santa Trinidad, y los santos padres desde el comienzo de la iglesia tan valientemente lo han defendido y preservado contra toda clase de sectas, no debemos disputar cómo sucede que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo son un Dios. Esto es incomprensible, y debemos estar satisfechos de que Dios habla de él de esta forma y testifica en su palabra. Él sabe mejor qué es y cómo hablar de su esencia de lo que tú puedes pensar.

13. ¿Por qué presumes comprender y conocer esta esencia divina alta e incomprensible con tanta precisión cuando no sabes nada de tu propio cuerpo y vida? No sabes cómo sucede que tu boca se ríe o cómo tus ojos pueden ver un castillo o una montaña a diez millas de distancia. Asimismo, cómo un hombre que duerme es físicamente muerto y sin embargo vive. Si no podemos saber la mínima cosa de nosotros mismos, detalles como cómo sucede que crece el cabello, cómo podemos querer en el nombre del diablo con nuestra razón, que es tan ciega en nuestros propios asuntos, sin la palabra de Dios subir al cielo y comprender y definir a Dios en su majestad.

Si quieres usar tu razón y sutileza, ¿por qué no la usas contigo mismo en las cosas con que te ocupas todos los días, y preguntar en dónde están tus cinco sentidos cuando estás

dormido, de dónde viene la voz cuando te estás riendo, etc.? Podemos ocuparnos de estos asuntos sin pecado. Aquí, sin embargo, en el asunto de qué y cómo es la sencilla esencia, debemos quedarnos sencillamente con la palabra de Dios que nos dice que Cristo es “la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación” (Colosenses 1:15), a saber, que es igual a Dios.

14. Por tanto, dice otra vez: “que todos honren al Hijo como honran al Padre” (Juan 5:23). Asimismo: “El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió” (Juan 12:44). También: “Creéis en Dios, creed también en mí” (Juan 14:1). Asimismo: “Todo lo que tiene el Padre es mío” (Juan 16:15), etc. Este y pasajes similares no permiten que nadie encuentre ninguna escapatoria. Dios, que no miente, lo ha dicho, y solo él sabe cómo hablar correctamente acerca de Dios. Así este artículo ha sido suficientemente establecido en la Sagrada Escritura.

15. Cuando esto está establecido, entonces tenemos la tercera persona, el Espíritu Santo, que en la Escritura a veces se llama “el Espíritu de Dios” y a veces se llama su “Alma”. No nació como el Hijo, sino procede del Padre y del Hijo. Es una persona que tiene la esencia divina en la eternidad del Padre y del Hijo, así como el Hijo lo tiene solo del Padre. Así hay tres personas distintas, pero en solo una esencia y majestad divina. Así la Escritura nos presenta que el Señor Cristo es el Hijo de Dios desde la eternidad y es la imagen del Padre, igualmente grande, poderoso, sabio y justo. Nada de la deidad, sabiduría, fortaleza y poder está en el Padre que no está también en él y el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo. Ahora, si alguien quiere saber cómo sucede esto, dile que es una esencia incomprensible por encima de todos los ángeles y las criaturas; no podemos saber más de ello de lo que la Escritura nos dice.

16. Por tanto, los padres han hecho bien en escribir el Credo o Símbolo en forma tan sencilla que los niños lo pueden orar: “Creo en Dios Padre, Creador del cielo y la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo, etc., y en el Espíritu Santo”. No hemos hecho ni inventado esta confesión, ni lo hicieron los padres anteriores. Más bien, como una abeja reúne miel de muchas flores hermosas y placenteras, así este Símbolo muy breve se ha reunido de los libros de los queridos profetas y apóstoles, es decir, de toda la Sagrada Escritura, para los niños y los cristianos sencillos. Es justo llamarlo el “Símbolo o Credo Apostólico”. Está arreglado en tal forma que no podría haber sido escrito mejor ni en forma más hermosa, tan breve y claramente. Se ha quedado en la iglesia desde los tiempos antiguos, de modo que, o los apóstoles mismos lo arreglaron, o fue reunido de sus escritos y sermones por sus mejores estudiantes.

17. Primero comienza: “Creo”. ¿En quién? “En Dios Padre”. Esta es la primera persona en la deidad. Para que las tres personas se puedan distinguir con más exactitud, se expresa brevemente la propiedad y la obra en que cada una especialmente se revela, tal como, con la primera persona, la obra de la creación.

Aunque es cierto que esta es obra no solo de una persona sino de toda la esencia única, divina, eterna, de modo que tenemos que decir: “Dios Padre, Dios Hijo, y Dios el Espíritu Santo han creado el cielo y la tierra”, sin embargo, esa obra se aplica a la

persona del Padre como la primera persona, porque de otro modo no se revela visible y externamente en ninguna otra obra que en la creación de todas las criaturas, que es la primera obra de la divina Majestad hacia las criaturas.

Sin embargo, se distingue propia y especialmente de las otras personas con la palabra “Padre”, para mostrar que es la primera persona y no se deriva de ningún otro; el Hijo y el Espíritu Santo, sin embargo, son del Padre.

18. Luego, segundo, el Credo además dice: “Creo en todavía otro que también es Dios” (porque creer es algo que no se debe a ninguna criatura, sino solo a Dios). ¿Cómo se llama? “Jesucristo, su Hijo unigénito”. Los cristianos se han orado de esta forma ahora por más de mil quinientos años. Sí, todos los creyentes desde el comienzo del mundo, aunque no tenían precisamente estas palabras, han creído y confesado la misma cosa.

19. Así la primera distinción de Dios Hijo es que se llama el Hijo único de Dios. Aunque aparte de esto todos los ángeles, de hecho, todos los cristianos, se llaman los hijos e hijas de nuestro Señor Dios, sin embargo ninguno de ellos se llama el Hijo único o el Unigénito, sino solo el Señor Cristo es nacido del Padre, de modo que no tiene a ninguno igual entre todas las criaturas, si siquiera entre los ángeles. Eso quiere decir que él es el Hijo verdadero y natural, de la misma esencia divina y eterna, no creada, de Dios Padre.

20. Luego se enumeran además sus obras específicas: “Fue concebido por el Espíritu Santo, nació de la Virgen María, sufrió bajo Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado. Descendió al infierno; Al tercer día resucitó de los muertos, ascendió al cielo, y está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso, y vendrá otra vez en el día final para juzgar a los vivos y a los muertos”, etc. De esta forma el Hijo se distingue (según su propia obra). Solo él, no el Padre ni el Espíritu Santo, se hizo un hombre natural, carne y sangre como nosotros, sufrió, murió, resucitó, ascendió en el cielo, etc.

21. Tercero, sigue: “Creo en el Espíritu Santo”. Aquí otra vez se nombra una persona distinta, pero también de la esencia divina como el Padre y el Hijo. No debemos ni tenemos que creer en nadie excepto el único verdadero Dios, conforme al Primer Mandamiento: “Solo yo soy tu Dios”.

Así, esta confesión brevemente incluye tanto la unidad de la esencia divina, pues creemos y adoramos solo a un Dios, y sin embargo existe en tres personas distintas. Asimismo, esta distinción se señala en el santo Bautismo, en donde somos bautizados en el nombre del único Dios, y sin embargo Cristo nos manda “bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, etc.

22. La propiedad de esta tercera persona es que procede tanto del Padre como del Hijo. Por tanto, también se llama el Espíritu tanto del Padre y del Hijo, que es derramado en el corazón de la gente. Se revela en la obra de que reúne la iglesia de Cristo en toda clase de idiomas, les ilumina, enciende sus corazones para la única fe por la palabra del evangelio, los santifica, los vivifica y los salva.

23. Así en esta confesión del Símbolo, las tres personas son comprendidas en una esencia divina y sin embargo son distintas; cada una está vestida de una obra especial antes que las otras, de modo que el cristiano sencillo puede saber que ciertamente hay solo una esencia divina y solo un Dios, pero todavía hay tres personas. Las obras distintas se agregan como una señal de esto: la obra de la creación se da al Padre; al Hijo la redención; al Espíritu Santo, el poder de perdonar pecados, alegrar, fortalecer y, finalmente, sacar de la muerte a la vida eterna.

Esto no quiere decir que solo el Padre es el Creador, o solo el Hijo es el Redentor, y sólo el Espíritu Santo santifica. Más bien, aunque crear y preservar todas las cosas, hacer satisfacción por los pecados, perdonar pecados, levantar de la muerte y dar la vida eterna son la obra de toda la divina Majestad, sin embargo el Padre se señala en la obra de la creación, que procede originalmente de él como la primera persona; el Hijo se señala en la obra de la redención, que cumplió en su propia persona; y el Espíritu Santo es señalado en la obra de la santificación, para la cual especialmente fue enviado y revelado. Esto se hace para que los cristianos puedan tener este entendimiento sencillo y seguro de que hay solo un Dios y sin embargo hay tres personas en la única esencia divina. Los santos padres diligentemente recogieron esto de Moisés y de los escritos de los profetas y los apóstoles y lo mantuvieron contra todos los herejes.

24. Hemos heredado esta fe, y Dios poderosamente la ha preservado en su iglesia hasta la fecha contra todas las sectas y demonios. Por eso sencillamente debemos insistir en ella y no ser astutos. Los cristianos son personas que deben creer lo que es locura para la razón. Pablo dice que Dios quiere hacer el mundo necio por la predicación del evangelio. ¿Cómo puede la razón estar de acuerdo o creer que tres sean uno, y uno sea tres; que Dios se hizo hombre; que cuando un ser humano por el mandato de Cristo se baña en agua, es bañado en la sangre del Señor Jesucristo y lavado de todos los pecados; etc.? Estos artículos son pura locura para la razón, de modo que San Pablo aptamente llama el evangelio “la locura de la predicación” por la cual nuestro Dio salva a los que no quieren ser astutos sino sencillamente creen la palabra. Los otros que quieren seguir su razón en tales asuntos y menosprecian la palabra descenderán y perecerán debido a su sabiduría.

25. Así, ahora tenemos prueba suficiente de la Santa Trinidad de la Sagrada Escritura y del Símbolo, tanto que sea necesario para la instrucción de un cristiano sencillo. Más allá de esa prueba, también están los milagros que testifican de la deidad de nuestro Señor Jesucristo y del Espíritu Santo, que no se deben menospreciar y tomar a la ligera. Nuestro Señor Dios hizo que esos milagros sucedieran en beneficio de su cristiandad y para fortalecer la fe. No solo se ocupa con castigar a la gente que ha enseñado en forma errada, porque ciertamente podría dejar eso para la vida postrera, puesto que aparte de eso deja a muchas personas sin castigo por diez, veinte o treinta años, sin embargo, especialmente echa mano a los líderes sectarios, que calumnian e insultan a Dios con su doctrina falsa, afligiéndolos en esta vida con castigos especiales inusuales, para que otra gente tropiece en esto. Tendrán este testimonio (más allá del hecho de que los líderes fueron antes condenados públicamente por su calumnia y condenados por su propia

conciencia): que estos líderes han causado y comenzado esta calumnia del nombre y la palabra de Dios. Entonces todos tendrán que decir que Dios no tiene placer en su doctrina porque conecta con ellos el estigma especial de que perezcan en forma inusual con un castigo diferente de lo que sucede con otra gente mala.

26. Las historias dicen que en el tiempo de Juan el Evangelista hubo un hereje con el nombre de Cerinto que fue el primero en predicar contra la doctrina de los apóstoles y que injuriaba a nuestro Señor Cristo, diciendo que no es Dios. Esta calumnia ganó tanto terreno que el santo evangelista Juan escribió su Evangelio después que los otros evangelistas y principalmente tuvo que dirigirlo, como se puede ver, a defender y mantener la deidad de Cristo contra este Cerinto y su banda.

Como se puede ver, San Juan especialmente comienza su Evangelio más alto que los otros evangelistas. No cita muchos milagros del Señor Cristo, sino cita sus sermones, en que con fuerza describe que es verdadero Dios, nacido del Padre en la eternidad e igual a él en poder, honor, sabiduría, justicia y todas las demás obras divinas.

Una vez sucedió que el querido San Juan fue a un baño público con algunos de sus discípulos. Cuando se dio cuenta de que Cerinto y su banda también estaban allí, no esperó mucho, sino dijo a sus discípulos a apurarse para alejarse junto con él y no quedar entre los que calumnian a Dios. Cuando habían salido del baño, el cuarto inmediatamente colapsó y mató a Cerinto y sus discípulos, de modo que ni uno escapó.

27. También leemos lo mismo acerca del hereje Arrio, que sobre todos los demás vigorosamente atacó el artículo de que nuestro Señor Cristo es verdadero Dios. Hizo daño tan significativo en la cristiandad que cuatrocientos años después de su muerte la gente todavía tenía que tratar con eso, y todavía hoy no se ha desarraigado completamente. Aquí nuestro Señor Dios también se entrometió y defendió su honor con un milagro significativo.

Las historias escriben que Arrio se había puesto tanto en el favor del emperador Constantino y sus consejeros, y además lo persuadía con un juramento, que la gente pensaba que nunca había enseñado en forma incorrecta. El emperador Constantino mandó al obispo Alejandro de Constantinopla a reconocer a Arrio como un miembro de la iglesia cristiana y a admitirlo otra vez en el oficio sacerdotal. Porque el piadoso obispo rehusó hacerlo, puesto que claramente vio lo que Arrio y su grupo tenían en mente, Eusebio y los otros obispos que eran partidarios de Arrio lo amenazaban: si no volvería a admitirlo conforme al mandato del edicto imperial, lo expulsarían a la fuerza, y Arrio sería admitido por toda la congregación. Podría considerar el asunto hasta el día siguiente.

28. El piadoso obispo estaba preocupado por este asunto. Por eso, puesto que los adherentes de Arrio fueron tantos y tan poderosos, y además tenían el edicto del emperador y toda la corte de su lado, planeó buscar ayuda de Dios, el único lugar en donde en estos asuntos que conciernen el honor de Dios se puede hallar ayuda. Cayó rostro en tierra en la iglesia y oró toda la noche que Dios enviara el medio para rescatar

su nombre y honor, para parar las intenciones malvadas de los arrianos y que su cristiandad tuviera ayuda contra los herejes. Cuando llegó la mañana, más o menos en el tiempo en que la gente debía reunirse en la iglesia en cierto lugar y el obispo Alejandro o admitiría a Arrio o sería expulsado de su oficio, Arrio rápidamente venía a la iglesia con sus adherentes con magnificencia y con una gran multitud. Sin embargo, en el camino sintió un dolor en el cuerpo, de modo que deseaba un retrete. Ahora, mientras la solemne procesión se detuvo en la calle esperándolo, el mensaje llegó que había muerto en el retrete, y sus pulmones e hígado habían dejado de funcionar. La historia dice acertadamente: *Mortem dignam blasphema et foetida mente*; es decir, tuvo un fin que concuerda bien con un corazón calumnioso y apestoso.

29. Así este artículo acerca de Dios se ha preservado poderosamente primero por los escritos y luchas de los santos apóstoles y padres, y luego también por medio de milagros o portentos contra el diablo y sus calumniadores. También será preservado de esta forma en el futuro, para que no tengamos ninguna duda de él sino creamos en Dios Padre, Dios Hijo y Dios el Espíritu Santo. Esta es la forma en que nuestros hijos y nosotros diariamente lo confesamos en el Credo, de modo que no hacemos un montón o solo una persona de él. Por eso se agregan tres obras distintas, para que el cristiano común haga una distinción entre las personas y sin embargo no divida la naturaleza, sino deje que quede solo un Dios en una esencia sin división.

Predicamos esto hoy en este domingo para que la gente aprenda y conozca que no hemos llegado a esta doctrina por un sueño, sino que por la gracia de Dios hemos llegado a ella por medio de su palabra y por los santos apóstoles y padres. Que Dios nos ayude a todos a ser hallados firmes y puros en esta doctrina y fe hasta nuestro fin. Amén.